

## **FERIA PRIVILEGIADA DE ADVIENTO**

### **DÍA 24 DE DICIEMBRE**

Hoy llena toda la liturgia el cántico de Zacarías ante el nacimiento de su hijo. En la primera parte se ensalzan los grandes hechos de Dios en la historia de la salvación. En la segunda parte se celebra el nacimiento de Juan y se anuncia su misión.

La actuación de la misericordia de Dios, esto es, de su bondad y su indulgencia, constituye el contenido de la primera mitad del himno. "Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor a preparar sus caminos, anunciando a su pueblo la salvación, el perdón de sus pecados", se dice en la segunda parte.

Inspirado por el Espíritu Santo, Zacarías hace una lectura "profética" de la historia. La hora de la salvación ha sonado. El nacimiento de Juan es la coronación de las grandes obras realizadas por Dios. El tiempo de la salvación ha llegado. "Es la salvación que nos libra de nuestros enemigos y de la mano de todos los que nos odian; realizando la misericordia que tuvo con nuestros padres, recordando su santa alianza".

Juan, situado entre la Antigua y la Nueva Alianza, es como la estrella que precede la salida del Sol. Canta Zacarías: "nos visitará el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz". Es la luz de las gentes para los que moran en las tinieblas (Is 42,6-7).

En el texto griego del evangelio el "sol que nace" es un vocablo que significa tanto la luz del sol que brilla en la tierra como el germen que brota. Dos imágenes, que tienen un significado mesiánico.

Por un lado, Isaías, hablando del Emmanuel, nos recuerda que «el pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaban tierras de sombras, y una luz les brilló» (Is 9,1). Por otro lado, refiriéndose también al rey Emmanuel, lo representa como el «renuevo que brotará del tronco de Jesé» (Is 11,1-2).

Con Cristo aparece la luz que ilumina a todo hombre (Jn 1,9) y florece la vida: «En él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres» (Jn 1,4). Este sol «guiará nuestros pasos por el camino de la paz» (Lc 1,79). El Mesías, "el Oriente", el sol en su salida, será "sol de justicia" para nosotros (Mal 3,20). "Cristo es la luz de los pueblos" (LG 1).

Tres figuras encarnan en plenitud el espíritu del Adviento: el profeta Isaías, la Virgen María y Juan Bautista. Isaías mantenía la esperanza del pueblo elegido, anunciando que el Mesías nacería de una mujer virgen. María de Nazaret, por su fe total en Dios, aceptó ser madre del Mesías, sin intervención de varón. Por ello, Dios la hizo inmaculada y limpia de todo

pecado, llena de gracia, desde el primer instante de su concepción. Ella es la Virgen de la espera.

Juan Bautista, el Precursor, que señala al Salvador ya presente entre los hombres. Es el testigo valiente, que dio testimonio de la verdad hasta derramar su sangre, muriendo decapitado. Es el lucero que anuncia el nacimiento inminente del Sol.

En este juego salvador de luces entramos también nosotros. Dice San Ambrosio: "De hecho la Iglesia no refulge con luz propia, sino con la luz de Cristo. Obtiene su esplendor del sol de la justicia, para poder decir después: vivo, pero ya no vivo yo, sino que vive en mí Cristo". Y San Juan Pablo II: "Nosotros tenemos el maravilloso y exigente cometido de ser su "reflejo". Un "reflejo semioscuro", que dijera San Buenaventura.

**MARIANO ESTEBAN CARO**